

Centenario del Puente

COMENTARIOS A LA MEMORIA DEL PUEBLO

Por J. Ángel Arcos

Quizás lo primero que llama la atención de la construcción del puente actual -y otras dos alternativas que quedaron sobre el papel- sean las dificultades económicas a las que tuvo que hacer frente el pueblo para sacar adelante el proyecto. Y una vez que lo lograron, la conciencia del enorme esfuerzo realizado, del cual quisieron tuviesen conocimiento futuras generaciones.

Que estas generaciones se interesaran por lo relativo a la construcción del puente, es algo que ellos suponían sobre fenómenos afectivos, culturales, mían, bajo supuestos al un presupuesto que ellos hacían sobre fenómenos que, en la perspectiva cultural contemporánea, han quedado ya para obsoletos. Poco importa a una gran parte de la población -y a la sociedad contemporánea, en términos más amplios- los esfuerzos de aquellos antepasados que en coste de sudor -y a veces sangre- levantaron el mundo en que vivimos. Hoy se da todo por supuesto; y como labrarse un futuro no significa una empresa de notable magnitud, no se tiene conciencia alguna de las dificultades que a nuestros antepasados les supusieron.

Estaban sujetos a fuertes nevadas, que en el 1888 se llevaron el atavío del puente con que contaban, y que -ha de entenderse- no era de una gran consistencia. Es de suponer que se trataba de un puente de madera -tal vez de troncos emparejados- sobre pilastras que apenas podían hacer frente a los copiosos caudales que se les venían encima en las épocas de crecida.

Como de costumbre -es de suponer- se pusieron ellos mismos manos a la obra, pero con la conciencia de que aquello no supondría más que un arreglo para solventar el problema inmediato que se les había planteado. Unos diez años después, cuando vieron que la situación no podía sostenerse, acudieron a la Diputación para se hiciese cargo de la cuantía que -como obra pública ha de suponerse- les correspondería pagar, en el supuesto -pensaremos- de que accediesen a tomar parte en ella.

No obstante, el pueblo no podría hacer frente a la parte que le correspondería, no sabiendo de dónde sacar ese otro 60% que habrían de pagar de su bolsillo. El proyecto quedó en suspenso, y al pueblo no le cupo otro remedio que armarse de paciencia y reconstruir lo que tenía de puente una y otra vez, hasta que soplasen tiempos mejores. Hasta se extraviaron los planos del proyecto, en razón -hemos de entender- de las pocas esperanzas que les quedaron.

En 1907, “haciendo más el que quiere que el que puede”, vieron lo irreversible del caso: había que hacer un puente a toda costa. Es de pensarse que el alto coste que les supondría uno de piedra o de hierro, hizo que se proyectase uno de roble. Solución insólita para la durabilidad del mismo, pero que entenderían habría de servirles calcularían les duraría un número indeterminado de años, puesto que, para materiales de mayor calidad, no les llegaba. Ni para roble hubo, habiendo de recurrir de nuevo a la Diputación que estuvo dispuesta a incrementar su aporta-

